

Jorge Decarlini

20 CANCIONES

Historias, secretos y leyendas de un puñado de letras amadas

PRIMERA EDICIÓN: **marzo** de 2023

© Jorge Decarlini, 2023

© Libros del K.O., S.L.L., 2023
Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511
28020 - Madrid

ISBN: 978-84-19119-28-5

DEPÓSITO LEGAL: M-763-2023

CÓDIGO IBIC: AV, DNJ

DISEÑO DE CUBIERTA: Patricia Bolinches

MAQUETACIÓN: María O'Shea

CORRECCIÓN: María Campos y Melina Grinberg

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Las tipografías son League Gothic y Baskerville.

ÍNDICE

<i>NOTA DEL AUTOR</i>	9
PIANO MAN	11
TATUAJE	21
BORN IN THE U.S.A.	32
ALFONSINA Y EL MAR	42
AL ALBA	51
ELEANOR RIGBY	59
MARÍA LA PORTUGUESA	69
THE LONESOME DEATH OF HATTIE CARROLL	87
PEQUEÑO VALS VIENÉS	101
LA MANO DE DIOS	118
AMERICAN PIE	129
DON'T LOOK BACK IN ANGER	146

ROMANCE DE CURRO EL PALMO	155
POLLY	165
DIEGUITOS Y MAFALDAS	172
ZOMBIE	189
IL BANDITO E IL CAMPIONE	199
DIAMONDS & RUST	212
OJALÁ	228
QUÉ NO DARÍA YO	239
<i>AGRADECIMIENTOS</i>	247

*Yó no cantaba pa que me escucharan
ni porque mi voz fuera buena.*

*Yó canto pa que me se vayan
las fatiguillas y las penas.*

Enrique Morente

*Agarrado un momento a la cola del
viento me siento mejor.*

Robe Iniesta

*Y así, por cada corazón
que se haya abierto con mi canto,
habrá valido esta revolución
más que lo que estoy cantando.*

Juan Carlos Aragón



Con este código QR podrás acceder a una lista de todas las canciones que aparecen en el libro.

NOTA DEL AUTOR

Hasta donde me alcanza la memoria, siempre quise escribir canciones.

Conservo un recuerdo nebuloso, apenas un instante: «Mediterráneo» suena casualmente en la radio y yo, desde el asiento trasero del coche familiar, con siete u ocho años, sustituyo la letra por pamplinas que me voy inventando sobre la marcha. Otro momento rescatado: en la adolescencia, con mi amigo Ismael, estirando los dedos sobre los trastes de la guitarra para intentar formar acordes. A esa escena le siguen muchísimas horas aporreando cuerdas y encajando versos. Compusimos cosas que —por supuesto— nadie más ha escuchado nunca. El otro día, de madrugada, Ismael empezó a cantar nuestro primer estribillo; hacía años que ni siquiera lo mencionábamos, pero le salió de repente. Las canciones son importantes siempre, aunque sea para solo dos personas.

Mi carrera de cantautor se frustró antes incluso de empezar, y como causa principal podría establecerse un detalle menor, una nimiedad: yo no sé cantar. Pero a los diecisiete años aún me las ingeniaba para ignorar esa circunstancia, y disfrutaba mucho planeando conciertos. En mi delirio, tras el repertorio habitual, arrancaba el bis con alguna versión, una canción que elegía de acuerdo a motivos o efemérides que explicaba durante la introducción. En esa lista estaban «Al alba», «La bien pagá», «Bella ciao» o «Tu frialdad», todas composiciones clásicas que solía tocar en mi cuarto, y cuya existencia y relevancia descubrí gracias a internet.

Escribir palabras para ser cantadas me parecía imbatible, pero pronto me concentré en escribirlas para ser leídas. Lo convertí

en mi profesión. Y complementé la pasión por contar historias propias con el gusto de compartir las ajenas. Así, se me ocurrió trasladar a Twitter aquello que ya hacía con gente cercana: examinar letras de canciones, aportar contexto, identificar referencias. Análisis, reseñas, comentarios; el nombre es lo de menos. Obtuve un éxito relativo, aunque muy superior al esperado. Los lectores llegaban por miles. Se me ocurre ahora que ese interés divulgativo no difiere mucho de aquellas versiones en mis conciertos imaginarios.

Para mi sorpresa, yo ya había experimentado por entonces que el sueño remoto de publicar libros podía convertirse en realidad. Así que volví a hablar con la misma editorial, y convinimos que escribiría uno con esa temática, siempre desde el prisma periodístico que define a Libros del K.O. No sería un listado de mis canciones favoritas, aunque todas cumplen el requisito ineludible de gustarme —y muchas me apasionan—, sino que al elegirlas me fijaría en otro criterio: que a su alrededor tengan una historia para contar. Y si tú, lector, estás ahora mismo leyendo estas palabras, significa que el sueño sigue convirtiéndose en realidad.

Aunque hay algo que debo confesar: algunas noches, especialmente las que se alargan entre palmas y guitarras, traiciono a los libros y me transporto a ese tiempo lejano donde mi mayor sueño era escribir canciones. A partir de ahora me consolará que al menos he escrito un libro sobre ellas, que tampoco está mal.

Granada, octubre de 2022

PIANO MAN

Son las nueve en punto de la noche, es sábado.

La clientela toma asiento en el 3953 de Wilshire Boulevard, una extensísima avenida que atraviesa Los Ángeles, California. El local colinda con una pizzería y un restaurante chino. Combina tres fachadas en una: la zona ornamentada con rayas oscuras y un largo triángulo rojo, la pared blanca, y la parte inferior toda de madera donde anuncian el recital dos carteles enmarcados. Un toldo con las mismas rayas oscuras resguarda la entrada. El nombre del bar resalta en un letrero vertical coronado por una estrella: Executive Room. Otro rótulo, este horizontal, augura *cocktails* y *entertainment*, bebidas y espectáculo.

Son las nueve en punto de la noche, es sábado, es 1972.

Las bebidas las sirve una mujer que levanta la vista hacia el responsable del espectáculo, un neoyorquino del Bronx nacido en una familia judía cuya fe no practica. El piano sí, desde los cuatro años. Sufrió acoso en el colegio y para defenderse empezó a boxear, una disciplina que no le fue nada mal durante la adolescencia: como peso wélter ganó sus primeros veintidós combates, aunque se retiró en cuanto le partieron la nariz. Con veintitrés años acaba de cruzar Estados Unidos para ahuyentar una crisis personal y liberarse de un contrato leonino con la compañía que produjo su debut como solista. Quiere grabar otro disco, pero también quiere comer y vivir bajo techo en Los Ángeles, así que trabaja de pianista en el bar. Será provisional, se dice.

Pronto comprende que su estabilidad financiera depende de las propinas. Agudiza el instinto para calar a los clientes hasta

distinguir su ascendencia, y luego toca algo típico de esos países —Italia, Irlanda— para aflojarles el corazón y la cartera.

Las noches en el Executive Room no solo pagarán las facturas de Billy Joel, también le servirán de inspiración para su canción más carismática.

It's nine o'clock on a Saturday

*The regular crowd
shuffles in*

*There's an old man sitting next to me
Making love to his tonic and gin
He says, «son can you play me
a memory*

*I'm not really sure how it goes
But it's sad and it's sweet
And I knew it complete
When I wore a younger
man's clothes»*

Son las nueve en punto de un sábado.

*El público habitual
llega arrastrando los pies.*

*Hay un viejo sentado a mi lado
haciendo el amor a su gin-tonic.
Me dice: «hijo, ¿podrías tocarme
un recuerdo?»*

*No estoy muy seguro de cómo va,
pero es triste y es dulce
y me lo sabía entero
cuando vestía las ropas de un hombre
más joven».*

La introducción es canónica; hora y día, y sin más dilación arranca el retrato de los parroquianos, bien con descripciones certeras, finas pinceladas, bien con un recurso explotado magistralmente: intercalar sus frases. El resultado es una canción con la literatura de un relato corto. Joel siguió un consejo habitual para escritores primerizos: «write what you know» [escribe de lo que conozcas]. Repartió por las estrofas a personas reales, clientes y trabajadores del bar donde actuaba. Para la invariable melodía eligió un ritmo de vals.

El primer personaje es uno de esos señores que llaman «hijo» a cualquiera que tenga edad para serlo, y que bebe sin más compañía que sus recuerdos. El gin-tonic, para que rime, aparece

en forma de hipérbaton, y la metáfora de hacerle el amor sugerir un tipo alcoholizándose sin arrebatos, con algo de ternura. Pide una canción que representa su juventud y todo lo que se escapó con ella.

El tarareo que sirve de puente hacia el estribillo parece una manera de aunar historia y melodía: *la-la-la-di-di-da* quizás sea lo que el viejo entona para que el pianista reconozca su petición.

<i>Sing us a song</i>	<i>Cántanos una canción,</i>
<i>You're the piano man</i>	<i>eres el hombre del piano.</i>
<i>Sing us a song tonight</i>	<i>Cántanos una canción esta noche.</i>
<i>Well we're all in the mood for a melody</i>	<i>Todos tenemos ganas de una melodía</i>
<i>And you've got us feeling alright</i>	<i>y tú estás consiguiendo que nos sintamos bien</i>

El estribillo cambia el foco: ya no es el narrador catalogando su audiencia, sino la verbalización del deseo del público, que le demanda —le conmina casi— que toque otra más. Otra más para sentirse bien, lo que por pura contraposición denota que no es así como se sienten habitualmente, sumidos en la soledad, la melancolía, los remordimientos.

<i>Now John at the bar is a friend of mine</i>	<i>John, el de la barra, es amigo mío.</i>
<i>He gets me my drinks for free</i>	<i>Me consigue las bebidas gratis</i>
<i>And he's quick with a joke or to light up your smoke</i>	<i>y es rápido con las bromas o encendiéndote un cigarrillo,</i>
<i>But there's someplace that he'd rather be</i>	<i>pero hay otro lugar donde preferiría estar.</i>
<i>He says, «Bill, I believe this is killing me»</i>	<i>Me dice: «Bill, creo que esto me está matando»,</i>

*As a smile ran away from
his face
«Well, I'm sure that I could be
a movie star
If I could get out of this place»*

*mientras la sonrisa le desaparece
de la cara.
«Estoy seguro de que podría ser
una estrella de cine
si consiguiera escapar de aquí».*

El texto, además de presentar a sus personajes con unos pocos versos, tiene la capacidad de desarrollarlos en tan reducido espacio. John es el camarero perfecto, voluntarioso y perspicaz, hasta que llega el giro amargo: preferiría estar en otro sitio, allí se está muriendo de pena y, como casi todos los camareros de Los Ángeles, en realidad quiere ser actor.

John se refiere al pianista como Bill. También ahí es fidedigna la letra: Billy Joel temía que ese trabajo provisional desluciese aún más su nombre artístico, así que jugueteó con el verdadero —William Martin Joel— y se inventó para aquellas actuaciones el seudónimo de Bill Martin.

*Now Paul is a real estate novelist
Who never had time
for a wife
And he's talking with Davy,
Who's still in the Navy
And probably will be
for life
And the waitress is practicing
politics
As the businessmen
slowly get stoned*

*Paul es un novelista y agente
inmobiliario que nunca tuvo tiempo
para casarse.
Y está hablando con Davy,
que sigue en la Marina,
y probablemente seguirá allí
toda su vida.
Y la camarera practica
relaciones públicas
mientras los hombres de negocios
se emborrachan lentamente.*

*Yes they're sharing a drink
they call «Loneliness»
But it's better than drinking alone.*

*Sí, comparten una bebida
a la que llaman Soledad,
pero es mejor que beber solo.*

Paul trabaja de agente inmobiliario, pero, como ocurre a veces en las barras de los bares, presume de estar escribiendo una novela —la gran novela americana, en su caso— de la que nunca jamás se supo. Paul habla con Davy, también una persona de carne y hueso, aunque Joel se permitió una pequeña trampa integrándolo en esa clientela: en realidad se llamaba David Heintz y sí que lo conoció en un bar, pero de España, donde estaba destinado. El verso vaticina que pasará toda su vida en la Marina. Un trabajo fijo podría parecer positivo en otro contexto, pero en esta letra y entre estos personajes suena a condena, a frase que apuñala.

Los hombres de negocios, aunque quizás hayan triunfado profesionalmente, se emborrachan juntos para enmascarar su soledad. Los torea con mano izquierda la camarera, que es la única mujer del texto y también la única persona descrita de forma aséptica: hace su trabajo, una profesional, igual que el pianista.

Esa benevolencia también tiene su explicación.

En 1969, antes de iniciar su carrera en solitario, Joel probó suerte con un grupo integrado por solo dos músicos: él mismo, que cantaba, escribía y tocaba el teclado, y un batería llamado Jon Small. A aquella desastrosa mezcla entre heavy metal y rock psicodélico la bautizaron Attila. Durante la grabación del primer y último disco, Joel conoció a una mujer, Elizabeth Ann Weber, y se enamoró de ella. Solo había un obstáculo, una minucia: era la esposa de Small. Y acababan de ser padres de una niña.

Pese a todo, Joel se convirtió en el amante de Weber, quien a su vez se las ingenió para simultanear ambas relaciones. Pero el marido los acabó descubriendo, y ella decidió cortar por lo sano

y abandonó a los dos miembros del grupo. Pocas bandas en la historia se disolvieron con más motivos que Attila.

Billy Joel odió su primer disco como solista: su voz se oía medio semitonos más alto de lo normal por un error en la masterización. Fue un fracaso técnico, pero también comercial. Arruinado, entró como operario en una factoría: tiempo atrás había trabajado en una fábrica de máquinas de escribir, además de haberse dedicado a pintar casas, cortar céspedes y pescar ostras. Con veintiún años era un chaval inestable y melodramático, incapaz de superar su ruptura con Weber.

Intentó suicidarse. Escribió una nota y, mientras le hacía efecto el Nembutal, telefoneó a Jon Small para disculparse por arruinar su matrimonio. Fue precisamente su antiguo batería quien le salvó al llevarlo a un hospital, donde le practicaron un lavado de estómago que evitó la sobredosis de barbitúricos. La segunda tentativa fue más tímida, y el propio Joel la desvelaría en tono cómico: un día abrió el armario de su madre buscando algo con lo que matarse, y entre beber un bote de lejía o uno de limpiamuebles eligió el segundo porque, al ser de limón, supuso que sabría mejor. Por fortuna, la madre solo tuvo que lamentar «dos días de pedos que aromatizaban los muebles». Eso sí, él buscó ayuda y se internó una temporada en una institución de salud mental para recibir tratamiento.

Fue al salir de esa clínica cuando cruzó el país de costa a costa y encontró trabajo de pianista en un bar de Los Ángeles. Aquella nueva etapa la inició con su novia que, en un giro de guion, por entonces volvía a ser Elizabeth Ann Weber.

Sí, era ella la camarera del Executive Room, en concreto la encargada de los cócteles, y mientras Joel tocaba el piano la veía torear a los hombres de negocios.

*It's a pretty good crowd
for a Saturday
And the manager gives me a smile
'Cause he knows that it's me
They've been coming to see
To forget about life for a while
And the piano it sounds like a carnival
And the microphone smells like a beer
And they sit at the bar
and put bread in my jar
And say, «Man, what are you
doing here?»*

*Es un público bastante bueno
para un sábado
y el gerente me sonríe
porque sabe que es a mí
a quien han venido a ver
para olvidarse un rato de la vida.
Y el piano suena como un desfile,
y el micrófono huele a cerveza,
y ellos se sientan en la barra
y me ponen pasta en el bote
y me dicen: «Tío, ¿qué estás
haciendo aquí?».*

Al gerente no se le escapa que, sin esos recitales, sus clientes beberían en cualquier otro bar de la ciudad. Y esa cuadrilla de solitarios con sueños evaporados sabe bien que el pianista no es uno de ellos. Joel revelaría que la última frase es literal: se acercaban a decirle que era demasiado bueno para estar allí, o que podrían darle un empujón a su carrera —«en Los Ángeles todo el mundo es productor»—.

Billy Joel tocó seis meses en el Executive Room, y allí comprendió algo: esas actuaciones no serían el sueño de ningún músico, pero muchos resisten así toda la vida. Agradecidos por conservar un empleo. Algunos, quién sabe, quizás lo hagan con un talento similar al suyo.

Aunque tuvo que pagar durante años a su primera discográfica como castigo por firmar sin abogado un papel que no entendía, Joel fichó por Columbia Records y pudo publicar su segundo álbum: *Piano Man*. La canción se lanzó como single en noviembre de 1973 y cosechó un éxito moderado en Estados Unidos —triunfó más en Canadá—. Grabaron un videoclip que simulaba el bar original.

Joel ya se había casado con Elizabeth Ann Weber, a quien además nombró su representante. Se labró fama de dura negociadora, quizás para compensar el poco ojo de su marido con los contratos. También fue la musa de sus mejores canciones de amor. Pero el matrimonio terminó y terminó mal, puesto que el cantante acusó a su cuñado de sustraerle varias decenas de millones de dólares.

La carrera de Joel despegó en 1977 gracias a *The Stranger*, que le valió dos Grammy, uno a mejor disco del año y otro a mejor canción. El público indagó entonces en su trayectoria y descubrió un tesoro semioculto: la historia de aquellas noches como pianista de bar.

En España, en 1980, el asturiano Víctor Manuel adaptó «Piano Man» para su pareja, Ana Belén, y a la postre se convirtió en una pieza fundamental de su repertorio. Aunque respetó la parte musical, Víctor Manuel reinterpretó el texto hasta armar un relato muy distinto. Llevó toda la narración a la tercera persona, quizás porque iba a cantarla una mujer. Además, «El hombre del piano» se toma el título al pie de la letra: pasa de puntillas por la clientela, no menciona a los camareros y todo queda reducido al pianista, que vive anclado en el tormentoso recuerdo de un amor. El resultado es otra historia, otra canción; sin el encanto de las vivencias personales de Joel, pero con una altura lírica al nivel de la original.

El Executive Room fue demolido. Ahora, en el 3953 de Wilshire Boulevard aparcan sus coches los clientes de un centro comercial.

A muchos pianistas de bar les empezaron a pedir «Piano Man», y la tocan aunque la versión instrumental se haga repetitiva sin letra. También es una elección recurrente en los karaokes de medio mundo.

Billy Joel no publica material nuevo desde 1993 —a excepción de un disco en 2001, compuesto únicamente por piezas para piano—, pero nunca ha dejado de dar conciertos.

En el escenario, que mide lo que miden los escenarios de las estrellas, aparece un septuagenario que ha ganado peso y perdido el pelo. Repasa sus grandes éxitos, que no son pocos. «Piano Man» suele reservarla para el bis.

Al llegar al verso que menciona a un público bastante bueno para un sábado, Joel lo adapta a las nuevas circunstancias: «It's a pretty good crowd... for a stadium». También lo modifica en función de la ciudad, ya sea en su país —«It's a pretty good crowd... here in Washington»— o en alguna de sus actuaciones en el extranjero —«... for Tokyo»—.

Un aplauso le interrumpe en ese instante, aunque enseguida miles de gargantas vuelven a cantar en comunión, entregadas. Ya nadie se acerca a decirle que es demasiado bueno para estar allí.

Pero para todo eso aún falta mucho tiempo.

Son las nueve en punto de la noche, es sábado, es 1972.

En la parte izquierda del Executive Room —algunos habituales lo llaman ER, un juego de palabras con la abreviatura de Emergency Room [sala de urgencias]— hay una barra amplia, y una hilera de mesas de banco corrido a lo largo de la pared opuesta. Entre medias, varias mesitas. Al fondo del local, un piano de caoba en cuyo panel frontal se leen unas letras amarillas: McPhail, Boston; el fabricante y su procedencia.

La escena podría recrearse así:

Una luz tenue atraviesa la atmósfera humosa. El alcohol penetra por la nariz y la nicotina puede paladearse. El joven Billy Joel —Bill Martin—, que toma asiento en la banqueta, todavía luce un pelo frondoso, dejado crecer al albur. Estira los dedos uno a uno, rota las muñecas y los hombros y da un trago a su copa gratis

antes de empezar. No actúa desde ninguna tarima, sino en un pequeño espacio a ras de suelo, a la misma altura que su público.

Toca. Canta. Lo hace mientras los clientes menos puntuales ocupan los escasos sitios libres. Los demás estrenan sus bebidas y aplauden sin demasiada efusividad cuando termina la canción. También ellos están calentando; saben que la noche será larga.

El pianista vuelve a beber. Antes de retomar la actuación, mira al público y piensa: «Esta solo ha sido la primera. Todavía quedan muchas historias por delante. Pónganse cómodos y disfruten».